

UNA VISITA AL PAPA JUAN PABLO II

(Junio-julio 1988)

Los Obispos cubanos vamos a Roma el próximo mes de agosto. Cada uno de nosotros hará oración junto al sepulcro del príncipe de los Apóstoles, celebraremos la Santa Eucaristía en la Basílica de San Pedro y visitaremos también las Basílicas de Santa María la Mayor y de San Juan de Letrán. Nuestra peregrinación a Roma es volver al origen, es ir a beber en la fuente de la tradición y de la historia que es, para todo católico, la Urbe Romana.

Pero, además de venerar el lugar del martirio del Apóstol Pedro y de orar sobre su sepulcro, nos encontraremos también cada uno de nosotros, personalmente, con el Sucesor de Pedro, el Papa Juan Pablo II. Esta visita a Roma y este encuentro con el Vicario de Cristo se realiza cada cinco años. El Papa recibe a cada Obispo durante quince minutos aproximadamente. ¡Qué poco tiempo!, pensarán algunos. Sin embargo, ¡cuánto tiempo nos regala el Papa!, que debe recibir de igual modo que a nosotros a los casi 3.000 Obispos del mundo. Y no es recibir a los Obispos el único quehacer del Pastor Universal. Recibe también a jefes de Estado, diplomáticos, grupos de científicos, de artistas, de profesionales y a tanta gente. Todos los miércoles se reúne con el pueblo para la Catequesis, sea en la Plaza de San Pedro, sea en el aula Pablo VI.

Cada domingo visita las parroquias de Roma y sus alrededores. Ustedes conocen sus viajes por el mundo entero y su trabajo incansable por la Iglesia y por la humanidad, sus esfuerzos constantes por la Paz y la justicia en nuestro mundo, su amor a la juventud, su llamada a la *nueva evangelización* al encaminarnos hacia el año 2000 de la era Cristiana y todo esto lo proclama el Papa en discursos, cartas y documentos de innegable valor.

Cumple así el Santo Padre el mandato que Jesús dio a Pedro cuando le confió la Iglesia y que vale para todos sus sucesores hasta Juan Pablo II y siempre: «apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas».

Para nosotros, Pastores del pueblo de Dios en Cuba, esta visita al Papa se inscribe como un momento excepcional y fundamental en nuestras vidas. Y esto no porque tengamos la oportunidad de estar cerca de un hombre extraordinario durante algunos minutos, sino porque nos sabemos acogidos, escuchados y sostenidos por quien hace presente a Jesucristo en medio del grupo apostólico y porque sabemos también que no estamos ante el Papa a título personal, sino como pastores de una porción del único Pueblo de Dios, la Iglesia, que conducimos en íntima y efectiva comunión con él. De veras, el encuentro con el Papa es un tiempo de gracia.

¿Pero qué le diremos los Obispos cubanos al Santo Padre? ¿Qué le diré yo, Arzobispo de La Habana, a Juan Pablo II?

Los Obispos abriremos nuestro corazón al Papa y estaremos más ansiosos de escuchar que de hablar. El Papa tendrá delante de sí el resumen del informe que ya le hemos enviado y que lo familiariza con la vida de cada Iglesia local. Además, el Santo Padre sigue muy atentamente las incidencias de la vida de la Iglesia en Cuba. Está al tanto de la llegada de nuevos sacerdotes y nuevas religiosas para el servicio de nuestro pueblo, sabe que en estos últimos años hemos recibido la visita fraternal de Obispos de Francia, de Estados Unidos, de España y de América Latina. Dos

Cardenales nos han visitado en este período: el Cardenal Pironio, a quien el Papa pidió que presidiera nuestro Encuentro Nacional Eclesial, y el Cardenal O'Connor, de Nueva York. Madre Teresa ha estado más de una vez entre nosotros y nos ha dejado a sus hermanas en Cuba. Todos le han dicho al Papa y al mundo que la Iglesia en Cuba, fiel a su Señor, está viva y entregada a su misión.

Nosotros diremos también al Santo Padre que la Iglesia sigue creciendo en el brío evangelizador que nos dejó el ENEC y que, aunque todo no es perfecto, vivimos nuestra fe en un clima de esperanza.

Yo le diré que en la Arquidiócesis de La Habana los católicos quieren al Papa, que lo conocen y lo saben cercano y que, como en toda nuestra Iglesia, en Cuba, el ENEC se va haciendo realidad paso a paso en la organización y en el trabajo pastoral de nuestra Arquidiócesis, que los habaneros y todos los cubanos esperamos saludarlo un día aquí en nuestra Patria.

Quizás haya algo no tan bueno que deba decirle al Santo Padre y que preocupará su semblante. Son algunas de esas cosas que entristecen el corazón del Obispo y que él, el Padre común, las siente como propias, pero haremos de todo oración, tanto de las penas como de las alegrías, y escucharemos absortos las palabras profundas del Pastor.

¿Qué nos dirá el Papa? De esto les hablaré a mi regreso de Roma. Ahora les pido que recen por esta visita de los Obispos cubanos.

Los bendice de corazón, antes de partir su Obispo.